

SAN AGUSTÍN DE PÁRIAK, SU TRADICIÓN ORAL

INTRODUCCIÓN.

En este trabajo, por especial invitación de las autoridades del Núcleo Educativo Comunal N° 11 de Huayopampa, presento y comento de una manera preliminar, algunas narraciones orales en forma de prosa que recopilé en 1975 en la Comunidad Campesina de San Agustín de Huayopampa –también conocida como San Agustín de Páriak. Al hacerlo soy consciente de que existen relatos bellos, interesantes y profundos que no logré recoger por no ser objeto de la investigación que efectué en Huayopampa. Por otro lado, tratándose de un trabajo de difusión de la tradición oral Huayopampina principalmente orientado a los alumnos de los Centros Educativos del NEC 11 y a sus respectivos padres de familia, no pretendo presentar un análisis de la estructura de cada relato.

Todos los pueblos del mundo, cualesquiera sea su ideología o cultura, poseen una tradición oral, un folklore compuesto por un conjunto de composiciones literarias (como mitos, leyendas, relatos, doctrinas, ritos, costumbres que con el correr de los tiempos son transmitidos por vía de la comunicación oral de una generación a otra.

Las composiciones literarias, principalmente en la forma de mitos, leyendas y cuentos, son muy numerosas en las sociedades ágrafas ya que desempeñan papeles muy importantes. Son a través de ellas cómo estas sociedades han mantenido su identidad cultural a pesar de los cambios ocurridos con el transcurrir de la historia; son a través de ellas cómo los principales intereses, normas sentimientos y valores de un grupo se han ido transmitiendo de generación en generación. El conocimiento de la tradición oral de un pueblo es, pues, un elemento importante para poder comprender –aunque sea de una manera superficial– cómo opera su sistema social admitiendo que tanto la tradición oral como el sistema social de un pueblo se modifican con el transcurrir de los años, aunque a diferentes ritmos. La narración oral, principalmente en prosa, constituye uno de los elementos más comunes del folklore mundial, pudiendo distinguirse por lo menos dos grandes categorías, la de los mitos y la de las leyendas. Al definir estas categorías soy consciente de la gran polémica existente entre los especialistas acerca de la manera más adecuada como definirlos con mayor precisión, y lo hago de esta manera por efectos de conveniencia.

Huayopampa es una comunidad campesina de alrededor de 500 habitantes ubicada sobre la margen derecha de la quebrada de Añasmayo, en la cuenca del río Chancay, perteneciendo al distrito de Atavillos Bajo, provincia de Huaral, departamento de Lima. Se trata de una comunidad hispano hablante sin una tradición Quechua reciente. En la actualidad el principal sustento económico de los Huayopampinos se deriva de su trabajo en los huertos de melocotón y manzana, complementando sus ingresos con la crianza de ganado y el cultivo de tubérculos.

Huayopampa es quizá una comunidad campesina atípica dado que como consecuencia de una serie de eventos históricos excepcionales ocurridos en los últimos cincuenta años, ha logrado trasladarse de una economía comunal de subsistencia hacia una economía de mercado. Es así como hasta la década de 1940 Huayopampa era una comunidad campesina pobre, con serias dificultades de comunicación con el resto del país y cuyo

principal sustento económico se derivaba de la crianza de ganado. En la actualidad la Comunidad Campesina de Huayopampa es una comunidad que dispone de sus propios recursos económicos gracias al cultivo del frutal, un pueblo que mantiene un estrecho contacto con la ciudad de Lima, y entre los hijos de los actuales comuneros registramos a más de 137 profesionales graduados y titulados, todos ellos, de una comunidad que en los últimos 50 años mantuvo una población promedio de 150 familias.

La comunidad Campesina ocupa un área de 13,924 hectáreas divididas en dos sectores ecológicamente diferentes pero complementarios. Estos sectores que están separados uno del otro por los territorios de las Comunidades Campesinas de San Luis de Chaupis y de San Pedro de Pállac, son:

(a) Las tierras bajas, que ocupan un área de 4,009 Has. (i.e., 29% del territorio comunal), con alturas que fluctúan entre los 1,200 mts. y los 2,000 mts. sobre el nivel del mar. b) Las tierras altas, que ocupan un área de 9,915 Has. (i.e., 71% del área comunal), con alturas que fluctúan entre los 3,000 mts. y los 4,900 mts. sobre el nivel del mar.

Las narraciones que a continuación presentaré las sitúo en el período histórico anterior al año 1900, cuando Huayopampa era una comunidad muy pobre, con toda su población prácticamente analfabeta y virtualmente aislada del resto del país. Las principales actividades económicas de la comunidad se concentraban en las tierras altas y estaban vinculadas a la crianza del ganado vacuno (en las vaquerías) y lanar (en las estancias), y al cultivo de la papa. Durante los meses de lluvia (Enero, Febrero y Marzo) el íntegro de la población comunal se trasladaba del entonces lugar de residencia, el pueblo de San Agustín de Páriak, a las tierras bajas del entonces maizal de San Miguel de Huayopampa. La vida de los Huayopampinos de este período histórico puede ser comprendida mejor con una reflexión que el historiador inglés Eric Hobsbawm hace al referirse a los campesinos en general:

“La vida campesina es un drama que transcurre en un nivel puramente local o regional, una pequeña área iluminada, más allá de la cual todo aparece oscuro y desconocido” (Hobsbawm 1977:124).

Sin embargo, en la actualidad (1978), las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales de Huayopampa se han transformado como consecuencia del cambio económico de la Comunidad.

En cuanto a las narraciones orales Huayopampinas, he encontrado algunos temas que permanentemente afloran. En casi todas se hace una alusión bastante detallada y precisa acerca de los diferentes puntos geográficos del territorio comunal. Cuando el personaje principal del relato camina por los diferentes senderos de la Comunidad, se indica con precisión los lugares por donde pasa y aquellos que aún le faltan por llegar. De esta manera, la leyenda cumple con mantener viva en la memoria de los Huayopampinos los diferentes puntos geográficos de su Comunidad.

Otro tema que aparece en casi todas las narraciones es el de la estructura agropecuaria de la Comunidad apoyada principalmente tanto en la crianza de ganado en las alturas como en el cultivo de tubérculos, al igual que todos los peligros derivados de la vida en la soledad de las alturas y de las precauciones que se deben adoptar.

El demonio, presentado en sus múltiples formas, también juega un papel muy importante en numerosos relatos Huayopampinos. Siempre presente en situaciones de soledad y en la altura (puna) bajo formas diferentes, constituye una severa advertencia para que las

personas que viven o transiten por la soledad de las alturas adopten las precauciones del caso.

Como ya se anotó en la primera parte de esta introducción, la gran mayoría de estos cuentos desempeñan una función recreativa al tener una estructura flexible, ágil, alegre. Tal es el caso del cuento en que los “Agustinos” comentan cómo solucionaron sus dificultades con los “Raumeños”; o el del viajero que malinterpretó el significado de “Mama Chape”.

Entre los relatos recogidos también tenemos uno de trascendental importancia para la gran mayoría de los Huayopampinos y que frecuentemente se recuerda a las nuevas generaciones, el de la heroica actitud de la vaquera del ganado del Patrón de San Agustín, doña Emeteria Ríos de Palomo; actitud que deberá servir de ejemplo y modelo para las nuevas generaciones Huayopampinas en sus relaciones con la tierra natal; relato que comparamos con el de la leyenda de Chaca Waka, en que la debilidad de una comunera es sancionada por los dioses convirtiendo a la comunera en piedra.

Antes de terminar, desearía dedicar esta colección de cuentos a todos los comuneros de Huayopampa por su generosa y ejemplar hospitalidad. Esta colección de cuentos de por sí constituye un homenaje a los sabios anónimos de la Comunidad, que con su sabiduría, orientación, esfuerzo y vigor lograron establecer los cimientos de la Comunidad de hoy. Los relatos que he recogido y que presento aquí, estoy seguro, desempeñaron un papel muy importante en la formación de la Comunidad de hoy.

Lima, Febrero de 1978

NOTAS:

1. Desearía expresar mi gratitud a los Señores Agripino Pastrana, Melchor Durán, Ceferino Bautista, Wenceslao Caro, y otros comuneros, quienes generosamente me relataron algunos de los cuentos incluidos en esta compilación. Sin embargo, desearía dejar constancia que asumo íntegramente la responsabilidad por cualquier error o distorsión a que hubiese lugar.
2. Mi presencia en la Comunidad de Huayopampa se debió a la primera fase de trabajo de campo que efectué en mi investigación acerca del proceso de Migración y Adaptación de los Huayopampinos a Lima Metropolitana. Esta fase del proyecto fue posible gracias a una beca de estudios otorgada por la Fundación Ford.

Jorge P. Osterling
(Compilador)

LA PIEDRA DE CHAKA WAKA

Me cuentan mis abuelos que en tiempo de los gentiles, los Agustinos vivíamos en un pueblo llamado Jamanisho y el cultivo del maíz era en Pasarón.

Todos los gentiles de esos tiempos cuando viajaban de Jamanisho hacia Pasarón debían pasar por el territorio de las comunidades de Chaupis y de Pállac.

En el camino, los que subían de Pasarón hacia San Agustín, al pasar por el lugar de Socoranra –donde todas las piedras son blancas debido a la existencia de líquenes– debían tirar con su honda tres piedras hacia abajo, donde existe una piedra plana.

La creencia era que al hacer eso iban a adquirir la sabiduría del buen hilado y del buen tejido.

Igualmente, los que bajaban de San Agustín a Pasarón, también debían tirar las tres piedras para protegerse de la enfermedad del paludismo.

Cuentan que una señora que estaba encinta regresaba de Pasarón rumbo a Jamanisho acompañada de dos hijos menores y trayendo consigo una carga de maíz. Al pasar por Socoranra hizo la ofrenda al cerro para adquirir la sabiduría del buen hilado y del buen tejido, pero al llegar a Chaca Waka se sentó extenuada en una piedra y mirando hacia las alturas de Jamanisho exclamó a su dios, al dios de los gentiles:

“Ay Señor, cómo será, llegaré yo a aquel pueblo (Jamanisho), tan lejos, tan alto... mejor me quedaré aquí convertida en piedra”.

En ese instante se convirtió en piedra conservándose así hasta nuestros tiempos.

CACAHUACHUCO

Cuando una persona moría, dicen que el alma se iba por el camino de San Agustín hacia Cacahuachuco. Dicen que al salir de San Agustín hay un lomo, más allá de San Agustín, que se llama Antahuacar.

A ese lugar le han puesto el nombre de Antahuacar porque quiere decir “sitio de llorar”, donde lloraban las almas, donde lloraban los espíritus por sus hijos y por los que dejaban.

Luego los espíritus seguían hasta llegar a otro sitio más arriba que se llama Illicán. En Illicán ahí también dicen que suspiraban los espíritus. Illicán dicen que es el sitio del suspiro, el lugar de descanso.

Seguían los espíritus hasta Cacahuachuco. Cacahuachuco es un lomo de Illicán hacia arriba donde se divisa Mute. En la quebrada de Cacahuachuco hay una cueva –sobre el camino- de cinco a seis metros de altura. Dicen que todos los espíritus tenían que aventar tres piedras a esa cueva. La cueva está llenecita de pura piedrecitas chicas. Hasta ahora están arrinconadas las piedrecitas, parece que estuviesen puestas a propósito. Dicen que todas las almas que pensaban tenía que botar tres piedras ahí: una para sus hijos, otra para sus padres y otra para su pueblo.

Dicen que ese era el sitio donde ya se iban despidiendo de todas sus familias, de todos sus hijos, los espíritus.

Los espíritus luego seguían su camino y en el sitio conocido como Tinyane, lugar del último suspiro, echaban un yaraví como despedida eterna de sus familias. No sé qué dirían

en el yaraví en Tinyane. Tinyane es una encañada muy cerca de la vaquería de Mute, donde por las noches se escucha como canta el agua con el aire. Es algo extraño y triste cuando se vive por ahí. Si uno pone los cinco sentidos, se escucha clarito como si hubiese una banda de músicos, una orquesta. Toditos los músicos y sus toques de arpa y violín, como si cajearan y cantaran, se oye. Todo eso se escucha en Tinyane.

De ahí los espíritus echaban un Yaraví, no sé en qué sentido, y seguían, seguían su camino por el camino de Quichicancha, y seguían más allá hasta Palcacancha.

Llegaban a una quebrada antes de Palcacancha, ahí hay un riachuelito por donde baja un poquito de agua. Es verdad que esa agua es insípida, medio salada; y esa agua dicen que tomaba el alma, el espíritu tomaba esa agua. Entonces echaba un yaraví. Dicen que decía: “He tomado el agua de Concayacu... fiado nomás he tomado para olvidar a mis hijos... para olvidar toda mi familia...”

Luego seguía su camino hasta Palcacancha, de Palcacancha subía hacia Yaranamán, cerro enclavado a 4,000 metros de altura. Antes de llegar a Yaranamán volteaban como yendo para arriba, al costado izquierdo. Ahí hay un lomo que se llama Yacopampa.

Al costado de Yacopampa hay dos “huacotos” que son peñascos con huecos que dan la impresión de traspasar el cerro. Dicen que uno de los huacotos era por donde tenían que pasar las mujeres.

El otro huacoto, el más alto, dicen que era por donde tenían que pasar los hombres. Los espíritus tenían que pasar por esos huacotos con todas las herramientas que usaban en sus vidas. Dice que pasaban con arados, con rejillas, con allanas. El hombre tenía que pasar con sus arados, con sus barretas, con su lampa, por eso dicen que era más alto el huacoto del hombre.

De ahí se despedían definitivamente los espíritus.

EMETERÍA RÍOS DE PALOMO

Durante la guerra con Chile, la señora Emeteria Ríos de Palomo había sido la vaquera del ganado del Patrón de San Agustín. Ella, durante esos días, estaba sola en el pueblo de San Agustín al cuidado de sus animales.

Los Chilenos, dicen que estaban en cada pueblo y acababan con todo el pueblo porque no tenían que comer. Por eso, las vaqueras tenían que esconder el ganado.

Al enterarse Emeteria Ríos que iban a llegar los Chilenos, escondió el ganado del Patrón San Agustín y los Chilenos no encontraron carne para comer. Entonces los Chilenos apresaron a la señora Emeteria para que diga dónde estaba el ganado. La señora no quiso avisar, no quiso avisar, se negó a avisar, y los chilenos la mataron por no avisarles donde había escondido al ganado del Patrón San Agustín.

Es así como la señora Emeteria Ríos de Palomo se convirtió en heroína de la Comunidad de San Agustín.

Nota.- En este relato le brindaron información errónea a Osterling, pues no fueron los chilenos, sino los españoles poco después de la Independencia quienes dieron muerte a Emeteria

EL SEÑOR DE LOS MILAGROS DE HUAMANTANGA

Había un viajero que al llegar a San Agustín de Páriak, acompañado de su perrito, se radicó en una casita ubicada en la salida del pueblo. Decía a los Agustinos que era carpintero y les pedía alimentos tanto para él como para su perrito.

Los Agustinos comenzaron a ofrecerle alimentos al forastero pero no le querían dar comida a su perrito. Pasaron los días y comenzaron a tratar tan mal al forastero que llegó el momento en que casi todos los Agustinos se negaron a seguir proporcionándole alimentos. Una madrugada el viajero, como no lo habían tratado bien en San Agustín, se había ido a Huamantanga junto con su perrito y no se supo más de él.

Mucho tiempo después se supo que algo casi parecido había ocurrido en el pueblo de Huamantanga. En ese lugar trabajó también de carpintero y hacía diferentes trabajos. Al comienzo cumplía y poco a poco no fue cumpliendo en los trabajos, hasta desaparecer. En vista de esto, los vecinos de Huamantanga forzaron la puerta de su taller y le encontraron crucificado. De ahí lo llevaron a la iglesia de Huamantanga.

Como había épocas en que le crecían las uñas de los pies del Señor de Huamantanga, de la Curia de Lima mandaron una Comisión para traerlo a Lima. Bajaron al Señor de la cruz y lo colocaron en un cajón especial para transportarlo a Lima. Sin embargo, tanto pesaba el cajón que por más esfuerzos que hicieron, nunca pudieron trasladarlo a Lima. Lo cual fue interpretado por todos como que el Señor no quería moverse de Huamantanga.

LA PELEA ENTRE LOS AGUSTINOS Y LOS RAUMEÑOS

I

El pueblo de San Agustín estaba en litigio contra el pueblo de Rauma por un lugar llamado Chupa. En una de las tantas campañas, en un lugar llamado Llasho una bala mató a uno de los caballos de Daniel Caro.

Los Agustinos se encajonaron y siguieron adelante hasta llegar a Chupa. En Chupa, Juan Flores, que era quien dirigía a los Agustinos, decidió seguir adelante hacia Rauma. Llegaron a Rauma, vencieron a los Raumeños y saquearon las vaquerías, y don Angelino Caro cayó preso por los Raumeños que casi lo matan.

Entonces apareció milagrosamente un retrato del Patrón San Agustín acompañando a sus ciudadanos y guiando a sus copoblanos de un amañera misteriosa durante su retorno. Los acompañó a los Agustinos hasta llegar al lugar de Cochacochoa. En Cochacochoa un Raumeño, llamado Encarnación Erazo, en medio de la desesperación, pronunció estas palabras:

“Mama Chuca –así se le conoce a la Virgen de la Asunción, patrona de Rauma– Mama Chuca ¡carajo!, por qué te dejas ganar de San Agustín”

II

Los Agustinos tuvieron una pelea con los Raumeños por un lugar llamado Chupa. Después que los Agustinos vencieron, como en todas estas cosas, tuvo que venir de Lima un Escribano para firmar el acta de entrega o posesión. Después de la pelea había habido un juicio y los Agustinos también lo habían ganado. Es por eso que vino el Escribano, don José María Lazo, para administrar la posesión de Chupa.

El cobarde de Lazo, llegado a San Agustín de Páriak, no quiso ir a Chupa por temor a que lo maten. Entonces un Agustino, Santiago Ríos, le pidió al Escribano que le preste su abrigo y sus gafas para disfrazarse de Escribano y tomar posesión del lugar de Chupa. Todos los Agustinos –incluyendo el mismo Gobernador– estuvieron de acuerdo con la iniciativa de Santiago Ríos.

Llegados al lugar, se colocó la mesa y ahí estaba don Santiago Ríos disfrazado de Escribano con todos los papeles listos. Sólo faltaban las firmas de los Delegados tanto de la Comunidad de San Agustín como de la Comunidad de Rauma.

El Gobernador de San Agustín, don Brígido Ríos, no dejó que nadie se acerque al Escribano para que lo reconozcan. Todos los asistentes debían estar lejos. Sólo pudieron acercarse los tres Delegados en el momento de la firma, que eran tres de cada pueblo, y el Gobernador hizo firmar uno por uno.

Es por eso que en San Agustín se le conocía a Santiago Ríos como “El Escribano”. Su valor y actuación salvó al pueblo de San Agustín.

LA CAPOSA

Introducción.

Hay puquiales en diferentes partes de las alturas de San Agustín de Páriak y se afirma que en cada puquial se han presentado Caposas. Se trata de espíritus femeninos que se aparecen en forma humana elegantemente vestidas y de una manera bastante atractiva y seductora.

Las diferentes versiones y narraciones vinculadas con el tema de las Caposas comentan cómo cuando los hombres caminan solos por las alturas de San Agustín, es frecuente que se crucen con alguna señorita guapa y elegantemente vestida que se deje seducir fácilmente. Ellas son las Caposas (conocidas en otras regiones del país como Sirenas o Encantos).

Los Huayopampinos, que ya conocen de la existencia de las Caposas, se ausentan puesto que saben las consecuencias de ello.

Estas Caposas precisamente actúan durante los meses en que los comuneros están trabajando en la parte baja de la Comunidad, y las alturas de San Agustín quedan muy tristes y solitarias.

Es por ello que una moraleja bastante difundida en la Comunidad es la de no contestar nunca a las llamadas cuando uno se encuentra en las alturas. La primera y segunda llamada puede ser de una Caposa, pero si se insiste con una tercera llamada, esta ya puede ser de una persona legítima.

I. La Caposa del monte de Mango

Juan Morales era vecino de Pampas y su esposa era de familia de ganaderos. A este señor tanto su esposa como sus suegros lo trataban muy mal.

Un buen día los suegros de Juan echaron de menos un torito color barroso y lo mandaron a buscarlo. Su esposa le preparó un “ranchito” –fiambre para el viaje– consistente sólo en un poquito de cancha y escoria de queso. Nada más.

Juan emprendió el viaje y al llegar a un lugar denominado Kolkioscocha –muy cerca al monte de Mango– se sentó a comer junto a la aguada. Al comenzar a comer su “ranchito” se puso a llorar pensando lo mal que lo trataban tanto su esposa como sus suegros y el escaso fiambre que le habían preparado. En eso sintió rugir un buey. Tomó su agua y se fue rápidamente en búsqueda del animal.

El animal que Juan Morales buscaba era un buey pequeño, color barroso, y Juan corrió en búsqueda de él guiado por los mugidos que oía. Es en esas circunstancias que aparece una Caposa, en la forma de una mujer elegantemente vestida.

La Caposa le preguntó a Juan qué era lo que él buscaba. Juan le contestó que a un torito. Ella le informó que sabía dónde estaba el torito y le ofreció acompañarlo en su búsqueda.

Ambos emprendieron la marcha pero en el camino se le empañaron los ojos a Juan y, al reaccionar... se encontró ya no en la puna, sino en un palacio donde todos los utensilios eran de plata. Ambos, Juan y la Caposa, vivieron juntos en la palacio por espacio de ocho días.

Al octavo día la Caposa le indicó a Juan dónde estaba el toro pero le aconsejó que mejor regrese directamente a su casa sin el animal. Para su viaje, la Caposa le preparó una talega con su fiambre y le dijo que al llegar a su casa no le cuente a nadie lo que había sucedido –esto es, su estadía en el palacio– ni tampoco que se acueste con su esposa. Antes de que Juan se despidiese de la Caposa, se pusieron de acuerdo para volver a encontrarse dentro de ocho días.

Juan Morales siguió el consejo de la Caposa y se fue directamente a su casa. Cuando llegó, abrió delante de su esposa la talega donde pensaba que tenía fiambre y ambos se extrañaron al encontrar monedas de plata en lugar de un fiambre. La esposa de Juan se sorprendió enormemente al ver tantas monedas de plata y se sorprendió más cuando descubrió que Juan ya no quería tener relaciones con ella.

Al octavo día, tal como se habían puesto de acuerdo, Juan regresó donde la Caposa y estuvo viviendo con ella por unos cuantos días. Pasados estos, la Caposa nuevamente le preparó un fiambre para su retorno y le aconsejó nuevamente no tener relaciones con su esposa.

De regreso a casa, Juan nuevamente vacía la talega y otra vez la encuentra repleta de monedas de plata. Su esposa empieza a sospechar de la procedencia de esas monedas y también está sorprendida del desinterés de su marido hacia ella. Ella lo comenta con sus padres y todos los familiares, tanto de Juan Morales como de su esposa, comienzan a preguntarse de dónde traía tantas monedas de plata. Como Juan se niega a responder a todas las preguntas, deciden apresararlo.

Preso, Juan es conducido donde el Sub-prefecto y ante su Despacho confesó el origen de las monedas. Las autoridades, deseosas de conocer el palacio, fueron juntos con Juan al

lugar descrito por él. Ahí encontraron a la Señorita y ella los invitó a pasar al palacio. Todos, tanto el Sub-Prefecto como los gendarmes, pasaron y... desde ese momento, quedaron apresados ahí sin poder salir.

En vista de esto, las autoridades de Lima se enteraron del suceso y enviaron un regimiento completo de caballería que incluía una banda de músicos, para rescatar al Sub-Prefecto. L llegar al lugar, la Caposa se presentó ante el regimiento y les mostró tanto al Sub-Prefecto como a sus gendarmes, invitándolos también a pasar al palacio. Desde ese momento todos Sub-Prefecto, gendarmes, regimiento de caballería y banda de músicos se quedaron encerrados para siempre.

Es esa la razón por la cual todos los días, a las doce de la noche, se escucha a los músicos tocar sus instrumentos en las inmediaciones de la laguna Kolkioschka.

II. El Encanto de Mango

Juan Morales, vecino de pampas, estaba casado. A este señor su suegro lo trataba muy mal por tener bastante ganado vacuno.

Un buen día, no se sabe en qué tiempo sería, sus suegros al echar de menos unos animalitos, lo envían a que los busque llevando como provisión sólo escoria de queso y un poco de cancha.

Llegado al sitio de Culcococho –otro puquial- se sentó a comer su ranchito y ahí estaba una Caposa. Juan Morales lloraba al pensar cómo su suegra lo trataba tan mal.

Al ver que sus alimentos eran disminuidos, insuficientes, siguió llorando y en eso oyó rugir un buey. Tomando su agüita se fue en búsqueda del buey que mugía.

¡Pobrecito Juan! No veía al buey pues el animalito había sido pequeñito, chiquito, un buey de color barroso... torcía las ramas de las piriullas. El torito siguió camino y el señor que quería chaparlo creyendo que era una cuñapa.

Cuando en eso se le presentó una señorita, una Caposa, bien arreglada, adornada, y le dijo: “¿por qué lloras don Juan Morales? ¿qué te pasa? Tus animales están más arribita, ¿qué quieres?... si tus padres políticos y tu mujer no te tienen cariño o gratitud, vente conmigo”.

El torito se había vuelto señorita. Ya no había torito, éste se convirtió en señorita y esta señorita le dijo a Juan Morales que mejor se quedara con ella. Conversando con la señorita, por casualidad se le empañaron los ojos y... al volver a ver, se encontró en un palacio donde había grandes cosas.

Estando en el palacio, se perdió como ocho días. Ahí la señorita le preguntó qué era lo que deseaba y le regaló muchos utensilios y objetos de plata.

Al salir del palacio, la señorita –que era una Caposa- le ordenó que nunca le contara a su mujer ni a ninguna persona dónde había estado y también le dijo que cuantas veces quisiera regresar al sitio que venga no más. La Caposa le regaló utensilios de pura plata.

Al llegar a su casa, la esposa de Juan Morales, su maldita esposa, sospecha y divulgar que Juan había traído cosas de plata pero... ¿de dónde? ¿robado? Además, en la última de las remesas que la Caposa le regaló a Juan, había una llamita que comía alfileres y defecaba cuartillos de plata. Esa fue la causa de la divulgación. La esposa de Juan comenzó a preguntarle a su esposo, ¿de dónde traes tanto? ¡pura plata!, ¿robado?... y, como consecuencia de la divulgación de su mujer, llegaron a apresarle al pobre Juan.

Como la Caposa le había dicho que no hablara a nadie, Juan fue apresado pero su llamita quedó en la mesa de su casa. Juan fue conducido por las autoridades de Pampas a Lima en una mula aparejada, ya que en esa época no había carretera, todavía. Esto es triste ya que el pobre no declaraba.

Llegó a Lima y ahí sí declaró. Por eso lo devolvieron a pampas con su piquete, con un escuadrón de caballería, para constatar la veracidad de las cosas. Si lo que él decía era cierto o no. El escuadrón vino a Pampas con Juan morales, rumbo al cerro Mango, al mismo sitio donde él había recibido las prendas de la Caposa.

La Señorita, la Caposa, al ver a don Juan se presentó nuevamente y le invitó a pasar: “pase don Juan”... también invitó a pasar a su palacio a toditos. Entrando, cerró la puerta del palacio y hasta hoy, no se ve a nadie.

Esto es verdad.

III. La Caposa de la laguna de Rocrococha

En Rocrococha, al pie del cerro de Mango, existen dos fuentes de agua, dos lagunitas, donde los antiguos afirmaban que allí se presentaban las Caposas para llevar sus pertenencias. Una de las lagunitas es grande y la otra es mediana.

IV. La Caposa de la Laguna de Azulcocha

Encima de la laguna de Azulcocha hay un puquialcito donde se encuentran dos bateas – dos fuentes de piedra- donde las Caposas lavaban. Una batea es grande y la otra es mediana. Piedras tan grandes nunca se encuentran por esas alturas. Ahí lavan las Caposas. Todas sus ropas son blancas.

V. La Caposa de Chuño Hichana

Una señorita engañó a un niño, Salomé ríos, hijo de don Melchor ríos, por tres días cuando este niño había salido en búsqueda de sus becerros. Los padres de Salomé eran en ese entonces los vaqueros de la Comunidad.

Cuando Salomé fue a juntar los becerros, se perdió por tres días. Ahí, por la vaquería donde vivían, también hay un puquialcito. Al no regresar Salomé, sus padres comenzaron a buscarlo en las alturas hasta que lo encontraron.

Al preguntarle dónde había estado esos tres días, Salomé les contestó:

“una señorita me llevó y me dijo: niño, cierra tus ojos. La señorita estaba bien calzada y bien arreglada. Yo cerré mis ojos”.

El muchacho lloraba y lloraba porque la Caposa quería que el chico la sedujera, pero como era niño y no podía, ella le apretaba los testes que terminó castrando al muchacho.

Por eso lloraba el muchacho. Como tanto lloraba el muchacho, la Caposa lo consoló y en eso lo encontraron sus padres.

EL GAÑÁN DE CÓCHAC

Dicen que un gañán que estuvo arando un lugar conocido por el nombre de Cóchac (ubicado en la parte baja de la Comunidad) tenía su enamorada. Un día, a eso de las tres de la tarde, quizá las tres y media, vio desde Cóchac que su enamorada estaba en Rampe. Ahí la chica estaba hilando la puschca. Ella también lo vio y le hizo una seña para que él viniese.

Entonces, el gañán dejó su yunta y se dirigió hacia Rampe para alcanzarla. El gañán comenzó a caminar rápido pero su enamorada se dirigía hacia San Agustín. No la podía alcanzar. Siguió rápido y vio que ya safaba hacia Huarimarca. El, por alcanzarla, corría rápido y dejaba de verla en el camino.

En eso, a la altura del sitio conocido como Chunchuncocha, la divisa de nuevo pero cuando llega a Chunchuncocha, ella ya estaba en Quicarpunta hilando. El gañán le grita: “espérame” y ella le contesta: “apúrate”. El gañán se apura más para poderla alcanzar. En eso él llega a Choclay pero su enamorada ya estaba en Socoranra. Cuando él llega a Socoranra, ella seguía adelantada y continuaba hilando, esta vez en Callau. El gañán, hombre bueno, nuevamente le grita a su enamorada pidiéndole que lo esperase, pero ella continuaba su camino, siempre hilando. Así, ella pasa por Callaupuna y por Cotamarca.

El gañán continúa desesperado por no poder dar el alcance a su enamorada. Él le grita: “espérame”, y ella nuevamente le responde “apúrate pues ya está tarde”. El gañán llega a Cotamarca y ella ya safaba por el lomo de Cuyutume.

El gañán iba sudoroso y apresurado para poder alcanzar a su enamorada, y fue y safó un lomo donde se divisa Chaupis –que se llama Mataka. Cuando él llegó a Mataka ella ya estaba entrando a Airancho.

El gañán continúa su camino cada vez más rápido y pensando cómo podía caminar tan rápido esa mujer. El sigue y cuando estaba entrando a la quebrada de Paches ya la mujer entraba a Chaupis. El gañán seguía pensando: “cómo va tan rápido y yo no la puedo alcanzar”. El iba sudoroso para alcanzar a la mujer. Ya cuando él zafó un lomo que se llama Huayaq, ella ya safaba el lomo que va a San Agustín de Páriak que se llama Chacahuaca. Mientras pasaba el tiempo, cada vez se adelantaba más del gañán. A estas alturas del viaje ya serían las cinco de la tarde, más o menos. En eso el gañán llega a Chacahuaca y de ahí logra divisar San Agustín de Páriak.

Desde Chacahuaca el gañán divisa cómo su enamorada ya había llegado a San Agustín, había abierto la puerta de su casa. En la casa, adentro, también ya humeaba, ya había candela como si se estuviera cocinando. Para esto, ya serían las seis de la tarde.

El gañán llega por fin a San Agustín de Páriak y para su sorpresa, la casa dónde él había visto a su enamorada limpiar y de donde él divisaba el humo, la encontró cerrada. No había nada. La casa no había sido limpiada. Había comenzado a oscurecer. Seguramente el gañán en esos momentos tendría la idea de que su enamorada habría salido por ahí. Esperó un poco y mientras esperaba, llegó la noche.

Oscureció y, estoy seguro que este gañán era cobarde. El gañán se dijo:

“Aquí amanezco de algún modo y si me voy, está mal”

Seguramente tuvo miedo. Entonces pensó:

“Me hecho llave a mi casa y dormiré aquí”

Vino la noche y él se quedó en su casa de San Agustín.

Durante la noche el gañán no sabía qué hacer, cómo dormir, porque eso de los malignos, de los espíritus malos, sabía que existían, sabía que andaban mucho por esos lugares. El gañán pensaba:

“Qué hago, qué hago... a dónde como... dónde duermo... con quién duermo...”

Este gañán sabía que en ese día no había lo que es una sola persona en todo el pueblo de San Agustín.

En esos meses, durante esa época del año, todo el pueblo había bajado al maizal de Huayopampa y los pocos que se habían quedado en las alturas de la Comunidad, estaban en las vaquerías.

El gañán, al encontrarse sólo en San Agustín, en plena noche, decide quedarse en su casa pero tenía mucho miedo a los espíritus malignos. Buscando protección en su casa, vio que ahí tenían unas ollas grandes, conocidas como pampanas, en el altillo de su casa. Sube al altillo, donde estaban las pampanas, y decidió encerrarse en una pampana. Se metió en la olla y se puso una tapa.

A eso de las doce de la noche, llegan a su casa los huancos –más conocidos como malignos o diablos– bailando y gritando:

“Me huele a carne humana”

Bailaba y cantaban con un tono que ahora mismo se usa en la fiesta de la Candelaria del mes de febrero: “tan, tan, tan...”. en ese tono llegan hasta la puerta de la casa del gañán bailando y, por el olor localizaron en que parte de la casa estaba. Ese es el tono que bailan los huancos, el tono al son de pito y caja.

Al llegar a la puerta de la casa, el caporal de los diablos ordena a un diablo:

“¡Sácalo!”

Regresa el diablo y dice:

“No hay nada”

El caporal ordena a otro diablo:

“Entra tu y sácalo!”

Regreso el segundo diablo y dice:

“No hay”

Entonces entró el mismo caporal al último y dijo a los diablos:

“Verán cómo yo lo saco”

Entra ahí agarra la pampana con todo, de arriba abajo y la avienta, toda la olla, lo avienta abajo al hombre. Ahí todos los diablos comenzaron a atacarlo, lo jalaban y golpeaban. Así fue pasando la noche y a eso de las tres de la mañana, el gañán continuaba defendiéndose de los diablos; buscaba la forma cómo poder defenderse para no dejarse llevar. Seguramente se agarraría en algo, pero los diablos lo continuaban jalando, tratando de sacarlo del pueblo. Por fin, lo trajeron hasta la salida del pueblo donde hay una cruz.

A la altura de la cruz, en la salida del pueblo, dicen que los diablos no pudieron jalar al hombre y hacerle pasar la cruz. Dicen que los diablos ya estaban agitados. En eso, una avecita, una pichiua que canta” Picio chau chau” cantó y los diablos le dijeron al gañán:

“Ya te salvaste”

Se fueron los diablos dejando al pobre gañán botado y golpeado.

A la mañana siguiente, los que subieron de Huayopampa a San Agustín, para bajar alguna comida de arriba, como papas y habas, encontraron al pobre botado y moribundo al pie de la cruz. Ahí murió el gañán.

CUENTO DE LA CANDELARIA

Un año, durante la celebración de la fiesta de la Virgen de la Candelaria, en San Agustín de Páriak, una señora –en lugar de participar de la fiesta- decidió ir a trabajar su chacra que tenía en Llasho. Para eso tenía que atravesar la moya de Patarón.

Cuando la señora estaba cerca de Llasho, escuchó la música de los huancos, de esos danzantes que representan al diablo.

Al tratar de averiguar de qué se trataba, se encontró que efectivamente había huancos, diablos, en forma de hombre que tenían barba colorada.

La señora inmediatamente comenzó a correr desesperada rumbo a San Agustín y, al llegar a Patarón, divisó ya el pueblo. La Iglesia estaba abierta y repleta de gente. Todo el pueblo estaba oyendo la Misa.

Al llegar a la Iglesia y viendo que todos los fieles estaban adentro, ingresó y le contó a un vecino lo que le acababa de pasar.

Al terminar la Misa, esta señora murió y si no hubiese sido por su vecino a quien le contó lo que le había pasado, nadie hubiese sabido de la causa de su muerte.

LOS BAÑOS DE CAROLINA EN MUTE

La vaquería de Mute, en las alturas de San Agustín, estaba a cargo de dos señoras, una de ellas se llamaba Carolina De la Cruz. Carolina se bañaba todas las noches en una poza que había cerca de su chocita.

Una noche de luna, su compañera decidió espiarla puesto que dudaba de las actividades de Carolina. Ella sospechaba a dónde iría Carolina a las doce de la noche en ese paraje tan solitario y tan frío como es el de la vaquería de Mute. Difícilmente uno se puede bañar a esa hora con tanto frío.

La compañera de la vaquería al acercarse a la poza donde se bañaba Carolina, se dio cuenta que carolina no estaba sola sino acompañada. Eran dos personas las que se estaban bañando en la poza.

La compañera, sorprendida que Carolina se estaba bañando con otra persona, se acercó cada vez más y vio que la otra persona era un hombre. Al acercarse cada vez más a la poza, la compañera sorprendida comenzó a gritar: “Carolina... Carolina... Carolina...”. En eso, el compañero de baño se convirtió en un Cóndor y salió volando entre las aguas. Se trataba pues de un demonio, porque muchas veces el diablo toma la forma de Cóndor.

Pasado el incidente, Carolina, media sonámbula, se despertó y desde ese momento se quedó medio enloquecida.

EL CONDENADO DE LA VAQUERÍA DE LLAC YAYMAY

Cuentan que un señor que vivía en San Agustín se fue de viaje a Lima. Su esposa estaba en la vaquería de Llac Yaymay con su ganado. El señor, de regreso de Lima —o de ida, no se sabe— el caso es que le dio un cólico y se había quedado muerto. Murió y lo enterraron por ahí en el sitio que llaman Tambo de Perros, por ahí en el desierto por donde antes se viajaba a Lima en esos tiempos.

La señora tenía tres hijos y llegó a saber que su marido se le había muerto. La pobre no tendría como ir a solicitarle. Ella lloraba, lloraba, por su esposo y estaba sola en las alturas de San Agustín cuidando su ganado de la vaquería de Llac Yaymay.

Pasarían días o semanas seguramente, y la señora continuaba llorando por la pérdida de su esposo. En uno de esos días, en una noche, llegó un hombre a la vaquería. La señora seguramente con la luz reconoció que era su marido. Al reconocerlo ella lo recibe como a su esposo, como en un sueño, porque no tenía seguridad ya que ella misma no lo había enterrado. No tenía seguridad de que había muerto. En esos momentos creería que estaba vivo y que no había muerto. Como sería, pues.

Se dice que cuando el esposo llegó y la señora lo reconoció con la luz, su esposo le dijo: “vamos a comer, apaga la luz”. Entonces, ella apagó la luz y le sirvió lo que tenía de comida, dicen que era un plato de mazamorra.

Cuando terminó de comer, ella encendió la lámpara nuevamente y su esposo le dijo: “tengo sed”. Al mismo tiempo ella vio que toda la mazamorra que le había servido a su esposo estaba derramada en su pecho... en fin, que habría pasado en esos momentos. Su esposo le dijo nuevamente: “tengo sed”, y como ella en esos momentos no tenía ni una gota de agua en la casa y ya era de noche, le contestó: “está oscuro, tengo miedo, cómo hacemos, todo está oscuro”.

La quebrada donde ella sacaba el agua estaba lejecitos, como unos doscientos metros de la vaquería. El marido le contestó:

“anda con mi cordón”. Seguramente en esos momentos ella ya se habría dado cuenta que su marido era un condenado. Fue pues la señora a traer el agua con el cordón de la mortaja de su marido.

“...ese no es tu esposo... ese te está engañando. En Puente Viejo hay viajeros. Váyate a Puente Viejo. No le contestes hasta que estés llegando a Puente Viejo”.

Entonces, la señora ahí mismo se agarró del frente del cerro para abajo donde se iba a Puente Viejo. En esos años los viajeros que iban de San Agustín a Lima tenían que pasar el primer día por ahí. Ahí paraban para hacer comer a sus avíos y de ahí madrugaban para continuar el viaje, amanecer por Rauma, por Chuccho. Con ese fin, los viajeros pasaban por ahí. Es por eso que el cordón de su esposo le dijo a la señora:

“Ahí hay viajeros, váyate, yo no le voy a contestar hasta que estés llegando abajo a Puente Viejo”.

Mientras todo esto pasaba, el condenado que se había quedado en la casa esperando el agua, comenzó a llamar desesperadamente a su cordón: “cordón... cordón...”; pero el cordón no le contestaba. Volvía a llamar: “cordón... cordón...”; así seguía llamando a su cordón. Los diablos, sin el cordón de su mortaja, dicen que no pueden hacer nada, ya no pueden movilizarse.

La mujer, como iría pues, dejando a sus hijos en su casa con su esposo. Ella partió a puente Viejo en la noche y entre la vaquería y Puente Viejo habrían como tres kilómetros hacia abajo. Cuando la señora estaba por un sitio que se llama Ancayhuay, recién el cordón de la mortaja le respondió al condenado. El cordón le dijo al condenado: “cómo voy a venir si estoy amarrado”. Pero, para eso, el cordón le había pedido a la mujer que lo amarrase en una “taya” (arbusto que crece en la zona) que había en el monte.

El condenado, lo encontró, lo desató, se lo puso, y se fue siguiendo rápidamente a su esposa. Se fue atrás de ella y casi al igual que su señora llegaron abajo.

La señora llegó, pues, desesperada a puente Viejo. Ahí habían varios viajeros porque en ese tiempo se andaba en grupos. Seguramente al momento de llegar la señora les habría dicho a los viajeros que la estaban engañando y que la protegieron porque inmediatamente, los viajeros escondieron a la señora dentro de los aparejos de sus acémilas. La señora seguramente les diría:

“tápenme, tápenme”.

Ahí no más, en esos momentos, llegó el condenado. El condenado luchó con los viajeros y los viajeros se defendían del condenado con sus estribos, que en esos tiempos tenían sus esquinas de níquel o de plata. Con eso le daban duro a la cabeza del diablo. Dicen que cada vez que el condenado recibía golpes, salía candela de su cabeza. Así, los viajeros pudieron dominar al condenado.

Al verse derrotado, después se iría el condenado convencido que ya no podía. Dicen que antes de irse el condenado dijo:

“Por qué llora tanto esta mujer... esta mujer es la que me ha condenado”.

Eso fue lo que les dijo el condenado a los viajeros antes de irse.

Al día siguiente, los viajeros acompañaron a la señora a su casa en la vaquería de Llac Yaymay para ver cómo estaban sus hijitos, los hijitos de la vaquera. Ya no había nada. Puro hueso dicen que era. Huesitos, huesitos introducidos en los huequitos de las paredes de la casa. Ahí dicen que el condenado había echado los huesitos de las criaturas. No había nada. El condenado todo se lo había comido... todito.

EL VIZCAINO Y EL DIABLO

Un día un señor se fue desde San Agustín hasta Colcapampa, al otro lado de la quebrada, hacia abajo, para visitar su chacra que recién hacía tres días había sembrado con cebada y quería seguir limpiándola y ver como andaban las sementeras.

Al llegar a Colcapampa se dio con la sorpresa que la cebada ya había brotado... ¡en sólo tres días!... en lugar de los seis u ocho días que es lo que ordinariamente demora.

Ya por la tarde, cuando estaba ocultándose el sol y comenzaba a oscurecer, de repente se dio cuenta que en un rincón de la chacra estaba sentado un paisano. El paisano lo saludó primero y lo invitó a sentarse para hacer la armada (chactar la coca).

El propietario de la chacra se sentó pero no aceptó la coca que el paisano insistentemente le ofrecía. Ya era tarde. El Agustino comienza a observar con detenimiento al paisano desconocido, y descubre que tenía patas de gallina. Inmediatamente se dio cuenta que era un demonio que lo estaba tratando de engañar. Al darse cuenta del engaño, el Agustino comenzó a escaparse tratando de retornar rápidamente a San Agustín pero el demonio lo

comenzó a perseguir hasta alcanzarlo. Ahí se pusieron a pelear. El demonio luchaba por llevar al Agustino al canto de la patería (del andén), con la intención de desbarrancarlo y matarlo.

De pronto al agustino se da cuenta que había a su alcance una planta de vizcaino (el vizcaino es una planta muy espinosa cuyas espinas una vez introducidas, además de ser muy dolorosas, ya no salen). Recoge el Agustino el vizcaino y se lo tira a la cara del demonio. Al sentirse herido, el demonio gritó –dándose por vencido- “Ya me jodiste, carajo”.

El Agustino aprovechó la oportunidad para correr y subir de Colcapampa a Patarón mientras que el demonio luchaba por quitarse las espinas. Una vez quitadas las espinas, el demonio de nuevo comienza a perseguir al Agustino y estuvo a punto de alcanzarlo cerca de la entrada del pueblo.

Mientras tanto, al ver que estaba anocheciendo, la esposa del Agustino fue a buscar a su marido a la chacra, y por todo el camino gritaba llamando a su esposo. En sus correrías, el demonio escuchó los gritos de la esposa del Agustino y exclamó: “Ya te salvaste”.

El Agustino se salvó gracias a la presencia de su esposa, porque el demonio siempre ataca a gente sola y se ahuyenta cuando alguien llama.

EL FERETRO DE SAN AGUSTIN DE PARIAC

Introducción.

Durante mi trabajo de campo en Huayopampa (1975), tuve la oportunidad de dialogar con varios comuneros acerca del féretro de San Agustín. Se trata de un ataúd de madera, sólido pero algo gastado por los años, conocido por todos los comuneros como el féretro.

Este féretro fue empleado para velar a los muertos cuando la Comunidad tenía como lugar de residencia habitual el pueblo de San Agustín de Páriak, esto es, hasta la década de 1920 aproximadamente. El féretro sólo era empleado durante el velorio y para trasladar al muerto de su casa al cementerio. En el cementerio, la persona fallecida era retirada nuevamente del féretro y enterrada exclusivamente con su mortaja. El ataúd comunal era limpiado y regresaba nuevamente a su depósito en el templo en espera de un uso futuro.

En la Comunidad existen numerosos cuentos –aquí sólo presentamos tres- de las andanzas del féretro, jalado por las almas, durante las noches oscuras y solitarias de San Agustín. Se comenta con mucha precisión cómo, a eso de las 12 de la noche, comienzas las andanzas del féretro. Primero, se siente el crujido muy fuerte de la antigua puerta colonial del templo que se abre. Luego, se siente un sonido muy fuerte que es el ocasionado por el ruido que hace el féretro al ser arrastrado sobre las piedras y lajas del atrio del templo, sonido tan fuerte que retumba hasta la quebrada de Chaka Waca. A continuación, el féretro tiene que bajar las tres escaleras que separan el pórtico del templo, de la Plaza de Armas de San Agustín, ahí suena mucho más. Llegado a la Plaza de Armas, el sonido cambia porque en lugar del ruido del ataúd arrastrado sobre piedras y lajas del pórtico, ahora es arrastrado sobre terrenos casi sin pastos; el ruido que hace el cajón ahora es algo parecido al ruido de los cascos de las patas del asno cuando araña un terreno casi sin pastos... ese es el tipo de sonido que hace el féretro.

I

La costumbre de antes era que el Pueblo nombrase tres celadores de campo para que cuidasen los sembríos en Moya y vigilasen la papa. Se hacían turnos en Febrero, Marzo y Abril, cuando la gente –los agustinos- bajaban a Huayopampa para sembrar el maíz. Durante esos meses, San Agustín quedaba en silencio.

Eran tres celadores de campo: Un Alcalde de Campo y dos Regidores.

Un día, cuando subieron de San Miguel de Huayopampa para reemplazar a un Regidor en el cuidado de la Moya, dicen que la gente comentaba que todas las noches salía un bulto del panteón o de la Iglesia (el panteón colinda con la Iglesia en San Agustín).

Entonces los Regidores, Pedro Mendoza y José Pastrana, se pusieron a observar para ver si era cierto o que se comentaba, y a eso de las once de la noche, cuando ellos estaban cerca de la Plaza de Armas de San Agustín, observaron cómo salió un bulto de la Iglesia. Se dieron cuenta, pues, que era cierto lo que la gente comentaba.

Los dos Regidores, entonces, acordaron que uno iba tras del bulto siguiéndolo y observando a dónde iba y que el otro Regidor se quedaría junto a la gran piedra que existe encima de la plaza para observar de lejos que rumbo tomaba.

El Regidor que iba siguiendo al bulto observó cómo éste, al pasar por la puerta de la casa de la Señora Basilea se detuvo y dio unos golpes como de carnero, en la puerta de la casa de la Señora Basilea.

De ahí, el bulto siguió para arriba del pueblo y al regresar a la esquina, volvió por encima de la Plaza. Ahí se había quedado el otro Regidor. Sin embargo, al llegar el bulto a la Plaza de Armas, el Regidor que lo seguía halló a su compañero –el que se había quedado observando todo desde la Plaza- implorando desesperadamente el nombre de Jesús.

El Regidor que no había sido maltratado, fue a auxiliarlo y ambos acordaron que esa noche dormirían juntos, los dos en una sola casa. Al llegar a recoger la cama (esto es, las pieles de oveja sobre las que se dormía) del primer Regidor, para llevarla a la casa del segundo, no pudieron. Además de no tener mechero para alumbrarse, parecía que tanto la frazada como el pellejo de carnero se habían pegado al suelo... por más que jalaban los dos, no podían recogerlo.

Decidieron, pues, dejar las cosas como estaban e irse a la casa del otro Regidor donde iban a dormir. La casa de este Regidor estaba algo más distante de la Plaza. Al llegar prendieron el mechero, acomodaron los pellejos y las frazadas para dormir, y apagaron el mechero. Pero no pudieron dormir esa noche. Cada vez que apagaban el mechero, alguien los fastidiaba jalándoles las orejas, jalándoles los pies. Prendían nuevamente el mechero y no había nadie y tampoco nadie los molestaba.

Esa noche tuvieron que amanecerse con la luz encendida.

II

Don Agripino Pastrana (nació 1899), comenta que en una oportunidad cuando él tuvo que subir a San Agustín de Páriak solo –de esto hace muchísimos años- él había oído el cuento del féretro pero no creía en los sucesos. Dice que al momento de acostarse y apagar la luz, sintió el sonido del crujir de un cajón que venía siendo arrastrado lentamente y en la dirección de su casa. El movimiento era lento, pausado y con interrupciones.

Agripino se levantó, miró entre las tablas de su puerta, pero no vio a nadie ni a nada. Sin embargo trancó bien su puerta con una barreta y se volvió a acostar. Pero nuevamente

comenzó el sonido del cajón que estaba siendo arrastrado hasta que llegó a pasar por la puerta de su casa, cambiando nuevamente el rumbo.

Preguntándole a don Agripino –quién aún vive en 1978- su opinión acerca del féretro, él respondió con una anécdota:

“Yo he oído el féretro... cuando pasa es porque muere una persona... al poco tiempo que yo lo oí murió mi compadre Miguel...”.

III

Contaban los abuelos que a eso de las once o doce de la noche, cuando iba a morir una persona, el féretro salía de la Iglesia a media noche y se iba por la calle a la casa de la persona que iba a morir. El féretro iba solo, siendo cargado por los espíritus. Todavía dicen que como velas iban ardiendo, ardiendo, acompañando al féretro.

Dicen que un curioso, pues, divisó por la rendija de la puerta de su casa en qué sentido iba el féretro y pudo ver que estaba siendo cargado y que las luces que ardían eran los huesos de los muertos, y que no eran velas. Eran huesos de los muertos y una luz azul era, no una luz blanca. Azul dicen que era la luz y que iba pues como cuando llevan a los muertos... pero el féretro iba en la dirección de la casa del que iba a morir.

Ahí dicen que llegaba el féretro y entonces ellos por eso ya sabían que en esa casa iba a morir alguien. Siempre sabían decir los antiguos:

“Para esa casa ya llegó”.

Y cuando moría cualquier persona, decían:

“Sí, salió el féretro, pues, salió el féretro pues... ahí llegó para esa casa... con razón pues que ya murió fulano, pues...”

Eso del féretro era real en San Agustín.

EL GAÑAN EN LOS ENTIERROS EN SAN AGUSTIN DE PARIAC

Cuando una persona moría en San Agustín, entonces el encargado de la Iglesia iba a sacar el féretro de la Iglesia y ahí depositaban al muerto. A los muertos generalmente se les velaba fuera de sus casas. Nunca dentro de la casa. Solamente se les ponía un hábito de mortaja. No les ponían como hoy un vestido. Le ponían su cama (pellejos de carnero), con su cabecera, con su hábito afuera de la casa, ahí libre, en el poyo de la casa (las veredas de San Agustín se conocían como poyos).

Cuando el sol venía, le hacían una sombra con un toldo, para que no le dé el sol. Así lo sombreaban a los muertos. Cuando estaban en el féretro hacían igual. En San Agustín había un solo féretro para todos. Llevaban al muerto al cementerio dentro del féretro, luego lo sacaban por un costado, de un extremo.

No se velaba dentro de la casa y el pueblo tenía que acompañar al difunto. Como se velaba afuera, todo el pueblo acompañaba al difunto, ahí venían todos con su cama, esto es, con sus cueros de carnero, de llama o de vaca; ponían un cuero sobre otro a manera de colchón. Entonces, para velar venía la gente cargando sus camas, un montón de cueros, con sus frazadas y con sus hijos. En ese patio toditos tenían que dormir con sus hijos.

En eso, ya por distracción, venía un gañán para distraer a los dolientes. La noche se pasaba mascando coca, fumando cigarros, tomando ron o jugando casinos.

Por distracción venía un gañán y otros dos jalaban un arado de esos arados utilizados para arar la chacra, que alguien traía de por ahí. Los bueyes eran dos hombres y el gañán venía más atrás con su guijón que sirve de puya. Venían de extremo a extremo, como quien araba una chacra. Comenzaban de debajo de la calle.

Entonces venía el gañán y decía: "...pasa, pasa, pasa...". El distraía a la gente haciéndose el que araba el patio donde estaba durmiendo toda la gente que acompañaba a los dolientes, las mujeres con sus tres o cuatro hijos, sobre sus pellejos y protegiéndose con sus frazadas. Entonces pasaba el gañán y toda la ropa se la llevaba con el arado. La gente no tenía tiempo para sacar a sus hijos y menos para recoger sus camas y su ropa. El gañán con su arado llevaba toda la ropa hasta el otro extremo de la calle. Llegando a este extremo, el gañán ya con el agujón que tienen los gañanes para botar la basura de las espigas del arado, separaba las frazadas y los cueros que se habían acumulado. El gañán botaba, decía, la champa, esto es, botaba las frazadas y los cueros. Las mujeres, al mismo tiempo gritaban y hacían mucha bulla con sus hijos a los que habían quitado la cama y su ropa. Después, el gañán daba vuelta y vuelta, vuelta y vuelta, y llegaba hasta el rincón. Permanecían arrinconados hasta que el gañán terminaba de arar. Todos trataban de recuperar su ropa, su cama, en medio de un bullicio. Otros trataban de escaparse del arado. Ya se volvía una distracción y toda la gente se reía porque eso se volvía en broma y gracia.

Entonces decía: "camellón", "ya no hay camellón", "ya no hay champa", "ya está bonita la tierra", "ya está tierrita", todo eso decía el gañán. De repente encontraba otra ralla, algún cuerito, alguna frazada. En eso, no más entraba.

Después venía la cortada, las tomas que hace, las partidas, el agua. Total, en todo eso se pasaba casi toda la noche.

La gente después se quedaba acompañando, durmiendo. Los dolientes, todos de luto junto al cadáver. Tenían un estilo de cómo era el llanto de las señoras. Lloraban toda la noche, "verseando"... hablando: "así fue mi hermano... que esto... que el otro...", todo en forma de verso.

Esta costumbre también ya terminó. Ya no hay esto. Ya eso no se escucha.

INACO EL BANDOLERO

I

Inaco era un ladrón que sólo robaba a los ricos para regalar a los pobres. Paraba cierto tiempo en el portachuelo de Huachoq (cerca de Pacaibamba) y después pasaba otra temporada en la zona de Doña María, camino a Huacho.

Estando Inaco preso en Lima, conoció en la cárcel a José Chiquillo, un Huayopampino que también estaba preso. Al salir libre José Chiquillo, Incao le pidió dinero prestado y éste le entregó todo lo que tenía, ocho soles.

En agradecimiento por su generosidad, Inaco le contó a José Chiquillo que junto al puquio de Taminga, cerca de Huacgoq, tenía un entierro. En esa época Inaco robaba a los hacendados de Trapiche, Carabaillo y alrededores y enterraba todo cerca de Taminga.

Al salir de la cárcel, José Chiquillo se fue en búsqueda del entierro, lo encontró y sólo sacó ocho soles volviéndolo a enterrar sin haber tocado el resto.

En uno de sus viajes a Lima, José Chiquillo se encontró en la calle con Inaco, quien ya estaba nuevamente libre. Inaco le preguntó si había buscado el entierro que él había dejado en Tarma. José Chiquillo le contestó que sí y que solo había sacado los ocho soles que él le había prestado. Inaco rápidamente respondió a Chiquillo diciéndole: “sonso, si todo eso era para ti”.

José Chiquillo, al enterarse que todo el entierro de Tarma era para él, regresó para buscarlo de nuevo pero ya no lo encontró. Otros se lo habían llevado. Seguramente, pensó, cuando sacó los ocho soles lo dejó mal tapado y otro lo escarbó y se lo llevó.

II

De regreso a Lima, por Huacho, José Chiquillo venía acompañado de otros dos personajes y se encontró con Inaco. José ya era amigo de Inaco, pero Inaco no conocía a los otros dos personajes.

Inaco les preguntó: “¿Qué noticias hay?”. Los otros dos acompañantes de José le contestaron que la plata que habían traído de Lima se las habían robado y que seguramente Inaco había sido el ladrón. Ellos no sabían que estaban hablando con el mismo Inaco.

Inaco se enfureció inmediatamente. Sacó su ronzal (látigo), le bajó el pantalón a los dos que habían hablado mal de él, y les dio una paliza diciéndoles:

“Con que tu dices que Inaco roba después que te has emborrachado en Lima y que te has gastado toda tu plata en Lima... toma, lleva esta plata para el pan de tus hijos”.

Así, después de darles una paliza, Inaco les dio a cada uno de los viajeros un puñado de oro. Ellos, bien rajados, regresaron a Huayopampa pero con sus puñados de oro.

III

Cuentan que Inaco siempre les decía a sus amigos que cuando moriría buscasen un entierro que había cerca de una cruz que hay por Huacho, por el sitio llamado Tambo de Perros. Por ahí hay una piedra muy grande, quemada con petróleo de mecheros. Él había siempre dicho a sus amigos:

“Tengo un entierro por donde mira la cruz”.

Muchos han ido a buscar el entierro pero nadie lo ha podido encontrar.

DON EUGENIO ROQUE

Durante la guerra con Chile, hubo un desertor del Ejército Peruano llamado Eugenio Roque. Era natural del departamento de Huánuco.

En su trayecto de Lima hacia la Sierra, llegó hasta el puente Trapiche que hay sobre el río Chillón y no tenía qué comer. Divisó un potrero donde se sembraba ají, cosechó un poco, lo despepitó, lo lavó y se lo comió tal cual. De esa manera pudo calmar parte de su hambre. Luego de comer, siguió su camino y llegó hasta Huayopampa. En Huayopampa conoció a una señora, doña Gregoria Durán, a quien pidió en matrimonio.

Como don Eugenio era un desconocido, la Señora Gregoria quiso ponerle una prueba para conocerlo mejor. Ella le aceptó la propuesta de matrimonio con la condición que antes don Eugenio trasladase cinco sacos de maíz desde Huayopampa hasta San Agustín.

Don Eugenio cumplió con la prueba. Cargaba cada saco un trecho y lo dejaba. Regresaba, traía otro saco hasta el sitio donde había dejado el saco anterior, y así... llevando los sacos de trecho en trecho y descansando, cumplió con la prueba. Cumplida la prueba se casó con la señora Gregoria pero no tuvieron familia.

Al morir don Eugenio Roque, doña Gregoria quedó viuda y años más tarde se casó con Félix de la Cruz.

EL HACHA DE ORO

Hace unos cincuenta años, un día don Fortunato Salvador estaba regando sus “paterías” (andenes) en el lugar denominado Capilla, cerca al fundo comunal de Pasarón. Para ello hacía uso de agua que provenía de un puquial que existía en sus inmediaciones.

En eso, el agua del puquial comenzó bruscamente a disminuir, luego regresaba, volvía a disminuir, y así por el estilo. Don Fortunato se encolerizó y caliente se acercó al puquial para ver qué era lo que pasaba y si alguien le estaba haciendo una broma pesada.

Cual fue la sorpresa que don Fortunato se encuentra en el mismo ojo del puquial con una enorme serpiente de color amarillo brillante que estaba bañándose. Asustado, pensó que se trataba del demonio... se santiguó inmediatamente, se quitó su camisa, y regresó corriendo hacia su casa que tenía en el mismo Pasarón.

Al día siguiente, don Fortunato tuvo el valor de regresar al puquial y encontró una hacha de oro en el mismo lugar donde la víspera viera a la víbora y donde él había dejado su camisa.

MAMA CHAPE

En el pueblo de San Agustín de Páriak, hace mucho frío y nuestros abuelos cosían frazadas viejas, una sobre la otra, para de esa manera formar una sola frazada.

Cuentan que un señor viajaba por las alturas, probablemente era un arriero, y al pasar por una estancia, pidió hospedaje.

Los pastores lo invitaron a pasar la noche en la estancia diciéndole que dormiría con “Mama Chape”. El viajero se alegró, al pensar que podría pasar la noche con una mujer, pero cual sería su sorpresa que al anochecer vio que los pastores le prepararon los pellejos de carnero sobre los que se dormía en esos lugares y durante esa época, y le pusieron para que se abrigue a la “Mama Chape” (también conocida como “Tananco”).

Es así como el hombre se desengañó.

PISHTACU MACHAY

Con el nombre de Pishtacu Machay se conoce a dos grandes cuevas con huellas de fogata y de humo, una ubicada en las alturas de San Agustín, y la otra en las cercanías de Huayopampa. Dicen que los pishtacus hacían ahí sus fechorías. Cuentan que en cada una de estas cuevas hay un gran clavo que está incrustado en el cerro. En ese clavo, dicen, los pishtacus colgaban a sus víctimas. Por eso es que en el interior de las dos cuevas se hallan numerosos huesos.

Los pishtacus aparecieron después del Virreynato, y aprovechaban la soledad y del silencio de las alturas. En la puna por más que uno grite y pida auxilio, no hay quien lo oiga a uno y quien acuda a defenderlo. En esos tiempos se andaba mucho por estas alturas. La gente, desde Huarochín y hasta Pacaraos, bajaban a San Agustín para hacer sus compras de maíz, habas, trigo y papas. Los Agustinos también hacían muchos viajes, unas veces al maizal de Huayopampa, otras a los pueblos vecinos y hasta incluso a la costa. Era esa oportunidad de los viajes, esa soledad de los viajes, la que aprovechaban los pishtacus.

Los pishtacus esperaban a los viajeros que transitaban por los caminos de las alturas, los amarraban y los llevaban a esas grandes cuevas que ahora llamamos Pishtacu Machay. Ahí, en esas cuevas, degollaban a los viajeros y los tostaban como chicharrón para sacarles su grasa y luego bajar a la costa para venderla a las fundiciones que hacían campañas.

Los pishtacus preferían a las mujeres gordas porque a ellas les podían sacar más grasa. El trabajo de los pishtacus se debía a que las fundiciones de la costa necesitaban grasa humana para producir campanas de mejor timbre.

LAS CHAMPAS ENCANTADAS DE LA LAGUNA DE YANARAMAN

En la laguna de Yaranamán hay dos grandes champas, como islotes. Dicen que una de las champas es hombre y que la otra es mujer. Todo es natural, es casi como un encanto.

Dicen que cuando cualquier persona llega a Yaranamán y se acerca a ver las champas, las champas se encuentran en diferentes lugares de la laguna.

Cuando las champas ven que una persona se acerca a la orilla, ellas también se acercan a la orilla como invitando a la persona para que se suba a ellas. Además, cuando las champas se acercan a la orilla, siempre tienen huevos de patillo y de huahuach-hua.

Las personas que llegan a Yaranamán al ver que las champas se acercan a la orilla con huevos, suben a la champa y éstas se las llevan al centro de la laguna. Ahí se quedan estas personas porque no hay quien los pueda sacar de ahí. Además el agua es muy helada para poder salir nadando.

LOS MONTONEROS Y LA INVENCION DE CARLO MAGNO

Durante el conflicto entre los Caceristas y los Pierolistas, llegaban montoneros a San Agustín. Cuando llegaban los montoneros Caceristas, los Agustinos que apoyaban a Piérola tenían que huir, y cuando llegaban los montoneros Pierolistas, los Caceristas también tenían que huir.

Un día cuando en San Agustín se representaba la Invención de Carlo Magno, llegaron los montoneros. Ese día todos los Agustinos estaban en la representación de Carlo Magno. Todos salían bien elegantes a la calle, portando joyas de pura plata. La representación la hacían los jóvenes. El pueblo imponía a los jóvenes de 18 años la obligación de salir para hacer esa representación. La representación se componía de varios personajes, serían como veinte. Todos los años era igual: las floripes y las pallas. Las pallas bien elegantes con una vestidura que era todo con joyas dornadas con pura plata, plata blanca. La floripes era pura plata, la corona, todo. Los moros también se vestían elegantes. Todos, las bestias, todito era pura plata, todos estaban bien elegantes. Todos querían ser más que los otros durante la presentación. De eso dependía.

En eso, cuando todo San Agustín estaba en plena representación de la "Invención de Carlo Magno", los Agustinos vieron que ya venían por Patarón los montoneros. Zafaron... venían. La gente estaba celebrando la fiesta. Estaba la chicha, el ron, todo estaba en la plaza. La chicha estaba en botijas grandes. En esos momentos ya estaba "Carlo Magno", seguramente ya habría comenzado la "Invención".

Entonces, los Agustinos vieron venir a los montoneros.

Los que estaban en la "Invención" con sus bestias ya no les dio lugar para que fueran a guardar a sus bestias ni a desensillarlas. Cada uno salió por los cuatro vientos, cada uno con su caballo. El Mayordomo de la Iglesia y el depositario de las alhajas del Santo Patrón tenían que llevar las alhajas para que los montoneros no se las roben. El Santo Patrón San Agustín las tenía todas puestas. El Depositario, tuvo pues que proteger y esconder las alhajas. Las llevaron a Illicán, por ahí, hacia una peña que se llama Mancar. Adentro, ahí adentro hay una peña con un precipicio para abajo. Por ahí se metieron, por los huecos, y se escondieron. Los caballos se fueron por la quebrada, para allá, para acá, todos se hicieron humo, todos.

Solamente las mujeres se quedaron en el pueblo. Llegaron los montoneros. Hicieron su cuartel en la Iglesia. Ahí botaron todos los santos y las imágenes, por aquí y por allá. La chicha, el ron, todo lo consumieron. Abrieron casas, hicieron avería y media y toda clase de abusos.

Cuando los montoneros que llegaban eran Caceristas, los Pierolistas tenían que huir y los montoneros abrían sus casas y sacaban todo lo que había en esas casas. Hasta rompían las puertas para entrar y sacar todo. Hacían toda clase de abusos.

Cuando los montoneros se fueron, los Agustinos regresaron y dicen que encontraron puro huesos de reses, de las reses que los montoneros mataron ahí. Los montoneros agarraban nomás tres, cuatro reses a diario, las mataban y se las comían.

Abuso así, puro abuso hacían.

EL ENAMORADO PAMPASINO

Un Pampasino estaba enamorado de una Pallaquina. Entonces, el Pampasino, a eso de las ocho o nueve de la noche, salió del maizal de Pumacán (hoy en el pueblo de La Florida), y de ahí se vino pues, se acordó de su enamorada que era Pallaquina. Se vino, pues.

En eso, a mitad del camino –entre La Florida y Pállac- en la quebrada de Patur, se encuentra con un león y saliendo de la quebrada, más acá, es atacado por el león. Seguramente el Pampasino luchó con el león pero el león los venció. Ya viniéndose vencido el hombre, el león pudo hacer lo que le dio la gana con él. El Pampasino ya estaba mal, cansado, seguramente.

Pero el Pampasino sería precavido porque dicen que se hizo el muerto. El león le hacía lo que le daba la gana y lo botaba como un trapo, para acá, para allá, lo arrastraba por allá. En eso el león pensaría que el hombre ya había muerto. Dicen que el león le puso su mano sobre su cara para ver si respiraba y el hombre ya no respiraba.

Entonces el león hace un hueco, cava el suelo con sus garras y hace un pozo. Dicen que el león ahí mismo echó al pampasino al pozo, pensando que estaba muerto, y lo enterró. Así entierran a los cadáveres los leones. El león lo enterró, lo tapó bien. Encima, trajo unas plantas que tienen espinas muy venenosas que se llaman viscaínas. Jalo las viscaínas y todo lo puso encima y lo machucó bien.

En realidad el león había sido una leona que tenía crías. Entonces, la leona se fue a buscar a sus crías. Las había dejado en Punta Millay, que se llama un peñasco lejos, arriba, en otro lugar que también se llama Huayopampa. Ahí, entre esa peña, la leona había dejado a sus crías. Pero la leona subió más arriba, a un sitio que se llama Cuchay, de donde hay un sitio para zafar a Huayopampa. Ahí se fue la leona y de ahí comenzó a gritar, a llamar a sus crías, como grita una leona. Ahí le contestaron las crías. Ahí se sentó la leona esperando tal vez que sus cachorritos viniesen. Los llamaba seguramente para comerse al hombre que había enterrado.

En ese preciso momento el hombre, el enamorado Pampasino, bota todo lo que la leona había enterrado y ahí mismo se vino embalado, corriendo. Ya no se fue a Payas, sino se vino directamente a Huayopampa. Vino a Huayopampa porque para Pállac hay una subida, todavía. Pensaría seguramente que si se iba a Pállac ahí nomás el león lo alcanzaría nuevamente. Ya cuando el hombre estaba en plena carrera, zafando para acá ese lomo que se llama Puchihuancar, dice que ya sintió que la leona gritaba con rabia en el sitio donde lo había dejado enterrado.

El hombre se vino embalado, ya se dice que estaba en la media falda antes de llegar a Rampe, por Pichihuacar, cuando escuchó a la leona gritar.

Cual habría sido la impresión, el susto, y la carrera del hombre –seguramente se agitaría demasiado– que cuando llegó a Huayopampa, murió.